

# CON OJOS DE NIÑO

Quizás nos sea útil preguntarnos por qué la UNESCO proclamó a 1979 el "Año del niño y la familia", pues el motivo no puede ser casual.

Algunos autores (bástenos entre ellos evocar las inolvidables páginas de José Martí) han identificado a la infancia con la "edad de oro", la etapa de la inocencia original, de la luz no turbada todavía por los conflictos y las dudas. Infancia, en una palabra, era para estos autores sinónimo de felicidad.

Sin embargo, mirando desde nuestro presente, en derredor, la vastedad del mundo que nos toca vivir, tomamos conciencia de que las palabras más usadas (sin que por reiteradas pierdan fuerza) son crisis, guerra, muerte, injusticia. . .

¿Qué estamos ofreciendo hoy a la mirada de nuestros niños? . Sin profundizar, ahí, a la mano y a la vista de todos, está la violencia de los titulares de los diarios, el horror fotografiado en los rápidos enfoques de la prensa televisiva. . .

¡Qué difícil pedirles actualmente a nuestros niños juegos pacíficos! Los juegos de la infancia no son más que un mundo con leyes propias, una realidad mágica en que la fecunda imaginación del niño se combina con la imitación de los gestos del adulto. Pero para el niño el juego no es una "copia" de la realidad; es la verdad única que él vive en ese instante en que su magia se superpone a la realidad cotidiana de los adultos, los que desgraciadamente hemos perdido ese maravilloso don

de que "jugar" sea vivir "de verdad"

Pensemos ahora en los héroes actuales de nuestras multitudes infantiles. . . Sin adoptar posturas de romántica nostalgia, ¡qué diferencia con los nuestros! . Todavía triunfan los "buenos", pero siempre por la fuerza, por los caminos de la violencia, y de la fácil violencia. . .

Ya pasaron de moda los príncipes valientes que debían superar muchas pruebas, vencer tantos obstáculos, para salvar a la princesa encantada. Hoy llegan "Superman" o la "mujer maravilla" y, de un plumazo, sin el menor esfuerzo, barren con todos los obstáculos, pulverizan a los "malos".

Sin duda los arquetipos ideales que consume nuestra infancia están en íntima relación con los valores



que la sociedad adulta ilustra a cada instante, las actitudes que se adoptan, las metas por las que se lucha en el mundo de los "grandes".

Por eso me parece oportuno destacar el hecho de que 1979 no ha sido dedicado exclusivamente al niño sino al niño y la familia. El niño no necesita salir a la calle o encender la televisión para saber cómo es el mundo de hoy, porque lo más inmediato y más vivo de ese mundo le llega a través de los gestos de su familia, esa primera sociedad en cuyo seno él está gestando su personalidad futura.

De ahí que el episcopado argentino haya afirmado la "defensa y promoción de la familia" como "obligación de todos", y reasumido la pastoral familiar como "tarea prioritaria" (Documento de la Conferencia Episcopal Argentina, San Miguel, 5-V-79) tal como le fuera señalado por Su Santidad J. Pablo II en el discurso inaugural de la Conferencia de Puebla.

El niño y la familia: ¿por qué tomarlos como tema unificador de este número de "Signos Universitarios"? Porque queremos una Universidad en donde la ciencia sirva mejor al misterio de la vida.

Desde todos y los más diversos planos del saber se podían estudiar, penetrar, iluminar estas realidades tan ricas: el niño y la familia.

Quizás este llamar nuestras miradas sobre el niño y la familia sea un intento de advertencia, un llamado a la reflexión sobre los valores que les estamos brindando a nuestros niños, con cada uno de los actos o los gestos de nuestro cotidiano devenir. Quizá hemos olvidado, en las luchas por el éxito profesional, en la esforzada y a veces alienante consecución de los bienes materiales, al niño que fuimos y que todavía llevamos, o debiéramos llevar, adentro. Quizás, en esa carrera por ser más y tener más en el menor tiempo posible (porque ése es el ritmo que, sin buscarlo nosotros, la sociedad nos impone), estemos dejando solos a nuestros niños, a merced de esos burdos héroes modernos, en los que la fantasía dejó de ser ya hermana de la belleza.

—Uno no puede cambiar el mundo— decimos o pensamos con impotencia cada mañana al enfrentarnos con el diario... Pero sí se podría modificar esa sociedad en miniatura que es nuestra familia; tarea menos heroica, pero no por eso menos difícil.

Conservar la unidad y la salud de ese núcleo esencial, la familia, para que nuestros niños, los hombres que conformarán la sociedad del mañana, sean personas... Ese pareciera ser el llamado del Papa, el de la UNESCO (un llamado al que individual y efec-

tivamente podemos responder), en defensa de la paz del mundo, contra el fantasma del hambre, contra la amenaza de una guerra nuclear...

Rescatar la infancia presente para salvar la humanidad futura... ¡Si pudiéramos volver a enfrentar la vida con ojos de niño, volver a descubrir las cosas con manos de niño! Este anhelo íntimo quizás explique el éxito comercial con que se reeditó "El Principito" hace pocos años, el aluvión de posters y tarjetas con imágenes y frases de la obra, que inundó el mercado. ¿Pero cuántos de nosotros nos detuvimos a reflexionar sobre este libro presuntamente infantil escrito para hombres maduros, hombres que crean en eso de "ver con los ojos el corazón"?

Nos gustaría, a partir de la lectura de todos estos artículos que suponen un intento de aproximación al tema, que trascienda, más allá del interés científico, una actitud de amor por la realidad que intentamos estudiar.

Ojalá, en nuestra condición de universidad católica, podamos reeditar el gesto del Maestro indicando a los hombres la salvación por el camino de la infancia. Que nuestro saber pueda contribuir a una infancia mejor en el seno de una familia mejor, por un mundo mejor... ■

Magdalena M. Faillace de Amatriain

